



En la boca de los niños...

El protagonista vive en una madriguera, porque a pesar de gozar de comodidades, los que viven en ella no pueden salir

● ENRIQUE GARCÍA FUENTES

La adopción de un punto de vista diferente al propio del sexo o la edad de un autor, y de la manera particular de narrar que conlleva el cambio, ha sido una constante a lo largo de la historia de la literatura; no vamos a descubrirlo ahora. Del mismo modo nos eximimos de citar ejemplos que, por estar en la mente de todos, no contribuirían más que a una cansina erudición; pero recordemos cómo los buenos autores han sabido ponerse en la piel de una mujer, un animal, incluso un de-

ficiente mental cuando la situación lo ha requerido. Otra cosa es haber adoptado la perspectiva de un niño. No digo que no haya habido intentos, y hasta logros, pero cualquiera mínimamente versado coincidirá conmigo en que los fracasos (pese a la grandeza de muchos de esos textos) superan ampliamente a los logros. La razón es sencilla y viene repitiéndose desde siempre: cuando el adulto adopta el punto de vista del niño lo vampiriza, acaba obligando al infante a reeditar lo que se supone haría una persona que «vuelve» a la infancia y la contempla con los ojos del maduro que ya la perdió, con lo que prácticamente todas las visiones se tiñen de esa nostalgia y terminan prostituyendo las recta mirada infantil poco propensa a melancolias y pesares. Digo todo esto porque, tras unas breves vacilaciones, estos lo que vamos a encontrar

en este pequeño gran relato. Pocas veces unas ciento escasas páginas han estado tan bien desarrolladas y han exhibido un músculo tan impropio para una primera novela, como se dice que es esta 'Fiesta en la madriguera', del novel mejicano (aunque residente en Barcelona) Juan Pablo Villalobos, al que conviene augurar desde ya futuros éxitos.

Estamos, efectivamente, en una madriguera, porque, pese a gozar de todas las comodidades habidas y por haber (se trata de la fastuosa mansión que posee un delincuente), los que viven en ella lo hacen ocultos y prácticamente sin poder salir. Allí descubrimos una voz infantil (que, evidentemente -primer logro-, habla única y exclusivamente de sí misma, o todo lo pone en relación con ella) que va conduciendo la narración. En seguida percibimos que esa voz pertenece

al hijo legítimo de un poderoso narcotraficante, afin a uno de los «cárteles» más importantes del corrompido México actual, que, por motivos evidentes, lo mantiene encerrado en esta jaula de oro, al cuidado de un educador particular y de unas dóciles mucamas que vienen a sustituir el cariño materno del que carece. Y acompañado sólo por los diferentes guardaespaldas, con los que el niño adquiere pronto una curiosa confraternidad. Pronto también el niño, (Tochtli, al que su educador denomina Usagi) pone de relieve la afinidad con su padre y nos habla de sus gustos y aspiraciones que son -segundo acierto- las propias de un personaje infantil aburrido y en las peligrosas lindes de la mala crianza: su colección de sombreros y su machacón deseo de poseer hipopótamos enanos de Liberia. Pero lo verdaderamente capital de este



FIESTA EN LA MADRIGUERA
Autor: Juan Pablo Villalobos.
Editorial: Anagrama. Barcelona, 2010

relato en primera persona es que por los cada vez más acostumbrados ojos de este muchacho asistimos, casi tan impávidos como él, al curioso desfile de personajes corruptos, traficantes, asesinos, diferentes amantes del padre y gentes, en general, de honesto mal vivir, que configuran un fresco de dolorosa cotidianidad al que el niño inmediatamente se acostumbra. Erigido en poseedor del punto de vista único, Tochtli -tercer acierto- no trata de interpretar esa sórdida realidad que le rodea ni esos inapropiados hechos que vive al modo que cualquier adulto haría, sino que adecua las circunstancias a su percepción

particular. El resultado nos parece fresco y, sobre todo, tremendamente verosímil. Por citar un ejemplo, en un momento dado a Tochtli le llama la atención que Quecholli, la escultural amante de su padre jamás abra la boca para decir nada, y se limite a comer exclusivamente ensaladitas de lechuga, pues bien, en el fallido viaje que acaban realizando a Liberia a la búsqueda de sus deseados hipopótamos enanos (no me resisto a decir que bautiza con los nombres de Luis XVI y María Antonieta), su educador le aconseja no ingerir lechuga allí, porque pueden transmitir alguna enfermedad y entonces, el niño razona: «Te comes una hoja de lechuga infectada y te entra una enfermedad fulminante. Ahora que lo pienso a la mejor Quecholli se quedó muda por una enfermedad de las lechugas que le gustan tanto».

Lo dicho, no se pierdan esta refrescante novelita, aunque sólo sea por el delicioso lenitivo literario con que nos hace soportar una realidad tan sórdida y cruel como la que nos describe.